

LOS SANTOS PADRES DE AMÉRICA LATINA

José Comblin

Ponencia en Universidad Centroamericana UCA de El Salvador. El 24 de Marzo de 2005.

En la antigüedad, el nombre de padre era dado a los maestros, a los que enseñaban. Así dice s.Pablo: “Aunque hayáis tenido diez mil pedagogos, en Cristo no habéis tenido muchos padres. He sido yo que, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús.” (1 Cor. 4,15).

En la vida común el título de padre podía ser dado a todos los maestros. Pero hay que tomar en cuenta que hay una distinción entre pedagogo y maestro. El pedagogo es el que transmite informaciones, comunica instrucciones. El maestro es el que educa para la vida, que transmite un mensaje de vida. Para los cristianos, el título de maestro y de padre tiene más valor todavía. Maestro y padre es aquella persona que por el evangelio engendra para la vida verdadera, el que comunica el mensaje de Jesús de modo vivencial.

Al principio, el nombre de Padre fue reconocido a ciertos obispos, porque los obispos eran los que enseñaban. Más tarde otros maestros fueron llevados también a enseñar y se les dio también el título de padre de la Iglesia. Algunos recibieron un título de Padre por excelencia. En Occidente desde Bonifacio VIII se reconoce como los Santos Padres por excelencia a Agustín, Ambrosio, s. Jerónimo y Gregorio. Son los 4 pilares de la Tradición latina. Los griegos veneran tres: Basilio, Gregorio Nazianzeno y Juan Crisóstomo. Los occidentales le añaden a Atanasio. Son 4 y 4. Pero el título no es exclusivo. Tradicionalmente se identifica a los Santos Padres por 4 caracteres: la ortodoxia, la santidad de vida, la aprobación de la Iglesia y la antigüedad. Son los que por su enseñanza vital han engendrado en la fe a los discípulos de Jesús. Los Santos Padres han configurado la Iglesia en una cultura determinada. Es importante destacar que ellos no son Padres de la Iglesia por sus enseñanzas personales, por su teología personal, por la fuerza de sus argumentos, sino porque en su vida y sus enseñanzas transmitieron auténticamente el mensaje de Jesús tal como lo recibieron generaciones de verdaderos discípulos. No son Padres por su individualidad, sino porque expresaron la fe y la vida del pueblo de Jesucristo. En ellos se expresaba la fe, la esperanza, la caridad de su pueblo. Ellos eran la voz del pueblo de Dios. Y el pueblo se reconocía en ellos. Eran la Tradición viva del pueblo de Dios.

En los criterios que los define, está la antigüedad. En realidad, la antigüedad no significa la cercanía temporal a Jesús. Los Santos Padres no fueron los que vivieron temporalmente más cercanos a Jesús. En realidad, ellos vivieron 300 años y más después de Jesús. No fueron tampoco los fundadores de sus Iglesias particulares. Sus Iglesias ya tenían siglos de existencia. Pero ellos aparecieron en una época de desabrocho en la que la Iglesia tomó su figura característica. Aparecieron en el momento significativo de la historia de su pueblo. Por eso, ellos definieron de alguna manera la imagen de la Iglesia para siglos. Así fue en la Iglesia griega e así fue en la Iglesia latina. Secundariamente hubo también Santos Padres en Iglesias que históricamente tuvieron menos difusión: las Iglesias de Siria, Armenia, Egipto, y otras que se expresaron en sus propios idiomas.

Desde entonces, nuevas Iglesias aparecieron en otros contextos culturales por extensión de las Iglesias de los orígenes. Durante siglos pudieron permanecer sin originalidad, como pura extensión de las Iglesias latina o griega. Fue el caso de las Iglesias europeas que históricamente proceden de la Iglesia griega o de la Iglesia latina del tiempo de los Santos Padres.

En nuestros tiempos apareció América latina. En el siglo XVI trabajaron como evangelizadores personajes que tendrían muchas de las características de los Santos Padres. Fueron los misioneros españoles cuyos nombres fueron citados aunque de modo no exhaustivo en el documento de Puebla: "Antonio de Montesinos, Bartolomé de Las Casas, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel da Nóbrega, Toribio de Mogrovejo, Pedro Claver, Luís Beltrán, Rosa de Lima, Martín de Porres". Sucede que ellos eran una vanguardia pero no había pueblo cristiano para sostenerlos. Después de ellos sus trabajos fueron apagados y los reyes de España y Portugal establecieron una Iglesia que era la copia fiel de las Iglesias ibéricas. Hasta el siglo XX las elites que gobernaron América latina querían hacer de sus naciones reproducciones fieles de las naciones europeas. Tenían vergüenza de su cultura específica y querían prolongar la cultura europea. Solamente a mediados del siglo XX apareció una nueva generación que quiso hacerse independiente de la cultura europea. En la Iglesia aparecieron personas proféticas que quisieron vivir el evangelio a partir de los retos de su cultura, de su pueblo y de su destino histórico. La consecuencia fue que se configuró una nueva expresión de cristianismo distinta tanto de la Iglesia latina como de la Iglesia griega. Podemos decir que la Iglesia latino-americana adquirió una figura propia en la segunda mitad del siglo XX, y se puso al lado de la Iglesia griega y de la Iglesia latina, y de las Iglesias orientales como una nueva entidad histórica con figura propia, como nueva expresión de la Tradición cristiana.

La Tradición latinoamericana no nació de Vaticano II. Pero Vaticano II le permitió expresarse en forma pública en la Iglesia aunque con muchas resistencias por parte de la Curia romana. Por supuesto esta quisiera que las Iglesias latinoamericanas quedaran iguales a las Iglesias europeas totalmente configuradas por la Iglesia romana. Tiene miedo de perder la misma hegemonía, que ejerce en Europa y ejerció durante siglos en las tierras conquistadas por los europeos. Pero Vaticano II abrió durante algunos años un espacio suficiente para que se expresara una figura nueva de Iglesia que difícilmente se podría apagar. Una vez constituida ella permanecerá en la memoria de los pueblos latinoamericanos. No se podrá volver sencillamente al estado anterior de colonia religiosa de Europa. La Curia romana está haciendo todo lo que puede para suprimir todo lo nuevo del Vaticano II, pero no se suprime la historia con tanta facilidad. Los Santos Padres de América latina ya estaban actuando cuando empezó el Concilio Vaticano II. Algunos tuvieron una actuación importante dentro del Concilio. Sin embargo el Concilio les ofreció en primer lugar una posibilidad de encuentros paralelos. Fue en los pasillos del Concilio que se articuló el grupo de los que en la actualidad nosotros llamamos Santos Padres. Vaticano II fue todavía un Concilio de la Iglesia latina. Pero, a partir de Vaticano II hubo una oportunidad histórica para que los latinoamericanos tomaran conciencia de su peculiaridad. Lo mismo sucederá un día con las Iglesias de África y de Asia, pero estas todavía no están maduras en aquél tiempo.

Los Santos Padres de la Iglesia griega tienen todos algo en común: es el confronto con la cultura griega, sobre todo con la filosofía griega dominante en su época que era el neo-platonismo. Conciente o inconscientemente, todos presentan una figura del cristianismo que es muy mística o que constituye una respuesta cristiana a un reto neo-platónico. Toda la tradición monástica es una defensa contra el influjo de la filosofía. Pero, esta defensa es ella misma una dependencia. El cristianismo griego es místico, profundamente religioso en el sentido místico. Su misma liturgia tiene un sentido místico acentuado. Sus Santos Padres fueron los que dieron figura a esta presencia cristiana en medio de una cultura mística (Lo que se llama filosofía en aquel tiempo, es mística).

En la Iglesia latina, la figura que prevaleció fue la de s. Gregorio. La nota característica de la Iglesia latina es la organización, el derecho, las leyes. Los latinos hicieron del cristianismo una colección de leyes doctrinales, litúrgicas, estructurales. Hubo también el influjo del neo-platonismo por intermedio de s. Agustín, pero lo que predominó históricamente fue la organización alrededor de la Iglesia romana, que después de siglos de conquista paciente y perseverante se instituyó como la administración centralizada de todas las Iglesias. En América latina, hubo también un reto común, algo que fue asumido simultáneamente en todos los países. No hubo nada planeado desde el comienzo. Algunas figuras se levantaron en México, en América central, en Colombia, en el Ecuador, en el Perú, en Chile, en Argentina, en Bolivia, en Paraguay, en el Brasil y en el Caribe en forma independiente. Sin embargo todos los que habían de ser los Padres de la Iglesia latinoamericana, entendieron la vida cristiana como respuesta al reto de la pobreza de sus pueblos. Partieron de la conciencia de que esa pobreza venía de la conquista y de la esclavitud, que era estructura humana y que era expresión de la dominación de entidades políticas que se decían cristianas. Todos estuvieron escandalizados por lo que se hacía a nombre del cristianismo y bajo una legitimidad cristiana. Todos quisieron rectificar esa historia y revelar el verdadero mensaje de Jesús como llamado a la libertad, anuncio de un mundo nuevo de fraternidad sin dominación. La palabra justicia, que es palabra tabú en sus países, puede resumir la situación en que plantearon la evangelización. No puede haber evangelización en América latina sin hablar de la justicia. En un mundo en el que el ser humano es dominado, explotado o excluido estructuralmente con cobertura cristiana, el silencio sobre la justicia es traición del verdadero cristianismo.

Ahora bien, durante 400 años, esto fue silenciado en América latina. Cuando algunos abrieron la boca y empezaron a decir lo que era el verdadero mensaje de Jesús, fue un despertar, como la entrada de una nueva Iglesia. Fue como si la Iglesia despertara de un largo sueño y empezara a existir realmente. Lo sorprendente fue que esto sucedió simultáneamente en todos los países, creando un estilo homogéneo. Cuando los nuevos Santos Padres se encontraron en asambleas o reuniones más privadas, descubrieron que todos ellos estaban en la misma onda, en el mismo camino, con la misma conciencia a pesar de la diversidad de las situaciones en sus países. Cada cual había empezado solo, pero sin saberlo todos eran movidos por el mismo Espíritu. No hubo teólogos entre ellos y la doctrina no estuvo en el centro de sus preocupaciones. Eran conductores de una Iglesia renovada, profetas al frente del pueblo de los oprimidos. Todos habían asumido un compromiso rompiendo con la injusticia establecida. Por eso todos fueron perseguidos por los dominadores de su país. Su mensaje era práctico, tenía por objeto la vida, la dignidad, la libertad de sus pueblos oprimidos por cristianos. De cierto modo todos habían pasado por una conversión, pasando de una figura de Iglesia para otra. Más bien: en su conversión estaban creando una nueva figura de Iglesia.

Algunos de ellos ya se encontraron en el Congreso Eucarístico Internacional de Rio de Janeiro en 1955, cuando se fundó el CELAM. En la base de la fundación del CELAM estaban don Manuel Larraín y don Helder Câmara, los principales líderes del nuevo episcopado, dos Santos Padres por excelencia. Los dos animaron juntos el CELAM hasta la muerte accidental de don Manuel en 1966. Los dos prepararon la asamblea de Medellín de 1968.

Varios de nuestros Santos Padres se encontraron en las asambleas del CELAM. Los que ya eran obispos se encontraron en el Concilio. Don Manuel Larraín conocía muy bien el episcopado de la América hispánica y

supo juntar a los más representativos en el CELAM, en donde trabajaron en diversas comisiones Ramón Bogarin, Leonidas Proaño, Samuel Ruiz, Cândido Padin y otros. Fueron los que prepararon la Conferencia de Medellín.

Medellín es un símbolo, una referencia permanente y quedará en la historia como marco histórico, como la fundación de una nueva trayectoria histórica. Evidentemente la Curia romana reaccionó, pero no logró apagar ese símbolo. En Puebla hubo lucha abierta entre los obispos de Medellín y los defensores de la Curia romana. La Conferencia terminó con un empate técnico, pero los textos positivos en el sentido de Medellín fueron suficientes para que Puebla también fuera símbolo. En 1992 la Cuarta Asamblea general del CELAM ya fue manipulada completamente por los delegados de la Curia romana. De ella nada salió. El hecho de que la Va Conferencia se realizará en Roma en 2007, permite prever con toda seguridad que será la expresión fiel de la doctrina de la centralización romana con el proyecto de suprimir de la historia el recuerdo de Medellín y de Puebla. Pero esto es imposible. Ninguna nueva Conferencia podrá apagar lo que se manifestó en Medellín y Puebla. Los fundamentos están puestos y nada podrá suprimir esa historia de la memoria de la Iglesia latinoamericana.

En Medellín y Puebla estuvieron reunidos los principales Santos Padres que se dieron un lenguaje común. Solamente faltó don Manuel, fallecido prematuramente. No era necesario que la mayoría de los obispos estuvieran de acuerdo. La mayoría no estuvo en sintonía con los Santos Padres de la Iglesia griega o latina. Con el tiempo estos se impusieron porque dieron las respuestas ciertas a los retos verdaderos. De la misma manera en América latina la mayoría de los obispos no dio apoyo a los profetas que estaban a la vanguardia. Pero la mayoría no tenía ningún proyecto, salvo la repetición del pasado.

La primera nota que caracteriza a los Santos Padres es su situación histórica, al comienzo de una nueva expresión de la Iglesia. Es lo que acabamos de mostrar en el caso de América latina. La segunda nota es la santidad de vida. Ahora bien sin duda alguna, los Santos Padres de América latina fueron santos. Podemos incluso decir que inventaron un nuevo modo de santidad. Aquí también hubo una gran semejanza entre ellos. Todos ellos practicaron un amor apasionado hacia los pobres, los oprimidos. Fueron personas totalmente dedicadas a esa caridad. Su estilo de vida fue de lo más sencillo. Jamás pensaron en sus intereses particulares. Vivieron una vida siempre amenazada, perseguida, insegura pero nunca se dejaron amedrentar, o deprimir, o desanimar por esa oposición. Muchas veces ellos se sintieron marginados en el mismo episcopado. Fueron mal juzgados, sospechosos, maltratados en Roma. Fueron acusados de ser políticos, más aún, comunistas, subversivos. La acusación más frecuente en la Curia romana era que dejaban su diócesis en el peor desorden y se dedicaban a la política. Esto fue una constante. Era la acusación que los poderosos, sus adversarios, enviaban a Roma y desafortunadamente, era acogida.

Los Santos Padres no tenían ningún interés político. No buscaban el apoyo de los políticos y no contaban con ellos para ayudar a los oprimidos a luchar pacíficamente por su liberación. Eran profundamente pacíficos, amantes de la paz. Pero, estaban muy conscientes de que no hay paz sin justicia. Sin violencia, sin provocación pedían justicia mostrando las injusticias estructurales que las elites sociales y económicas de la nación no querían mirar. Fueron héroes de la caridad. En cuanto a las persecuciones que los acompañaban siempre, aguantaron todo, sin amargura, sin rebelión, continuando fieles a su misión a pesar de todo. A don Helder Câmara Paulo VI dijo un día :”Siga en su misión, pero yo no podré apoyarlo en público”. El Papa tenía miedo a

la Curia, miedo de ser acusado de complicidad con los obispos subversivos y políticos. Fueron mártires de la justicia, o sea, mártires como defensores de los pobres y oprimidos. Algunos fueron muertos como don Oscar Romero que celebramos en estos días. Hubo también antes de él don Enrique Angelelli de La Rioja, y más tarde don Juan Gerardi de Guatemala, nuestro vecino. Otros fueron presos: el acontecimiento más simbólico fue la prisión de 17 obispos en Riobamba en agosto de 1976.

La tercera nota de los Santos Padres era la ortodoxia en la fe. En esto nuestros Santos Padres de América latina nunca fueron criticados. Nunca se les encontró una apariencia siquiera de herejía. Transmitieron la doctrina tradicional en la forma latina en la que les fue comunicada. Nunca cuestionaron los dogmas aprendidos en el seminario. Pero, no eran teólogos y su preocupación principal no fue la de luchar contra posibles herejías. Es verdad que no se lanzaron en la lucha teórica contra el marxismo que era una obsesión romana durante todo el tiempo de la Guerra fría. No eran marxistas, pero no creían que su vocación fuera luchar contra el marxismo. Más bien, pensaban como el mismo Concilio Vaticano II que el marxismo tiraba su fuerza de seducción de la ausencia de la Iglesia en la opresión social del continente. Creían que la mejor forma de luchar contra el comunismo sería luchar por la justicia, pues el comunismo se alimentaba de la persistencia de la injusticia estructural de la sociedad.

Hay una forma de ortodoxia a la que dieron más valor: fue la ortodoxia en el seguimiento de Jesucristo. Eran fieles a todos los dogmas, mas lo que les preocupaba más era el mensaje y el ejemplo de Jesucristo. La cruz no la vieron tanto en el catecismo sino más bien en su vida. Las bienaventuranzas, las enseñaban, pero sobre todo las vivían. El servicio a los pobres y marginados, no se contentaban con admirarlo, pero lo vivían todos los días. La persecución, incluso de las autoridades eclesiásticas, no era para ellos recuerdo histórico, sino realidad sufrida casi permanentemente. Su referencia permanente era el mismo evangelio de Jesús. Esto también era común a todos. Todos daban más valor al amor que a la ley.

Jesús vivió una vida pública. Estaba expuesto permanentemente a las agresiones de las autoridades y de los grandes de su pueblo. No era un religioso escondido en una celda discreta. No era hombre de pura oración recluido en su eremitorio. Estaba en las plazas, en las calles, en los caminos, entrando en discusión con los doctores, con los fariseos, con los sacerdotes del templo. Fue una persona expuesta públicamente porque hablaba de la ley, y denunciaba la prioridad de la ley.

De la misma manera nuestros Santos Padres fueron personas públicas, expuestas: estaban siempre en la plaza pública, expuestos a las críticas, a las denuncias, pero siempre criticando y denunciando. Estaban metidos en el gran juicio que según s. Juan fue la línea maestra de la vida de Jesús. Siempre acusados y siempre acusadores como Jesús. Y tenían a su lado un abogado fuerte, capaz de desenmascarar a los abogados de la opresión. Era el Espíritu Santo, así como Jesús lo había prometido. No hablaban como profesores ni como doctores sino como abogados, defensores de los oprimidos en el gran tribunal abierto por Dios para juzgar este mundo, como lo muestra el Cuarto evangelio. Jesús dio testimonio de la verdad, en contra de los que se decían representantes de la ley de Moisés. Los Santos Padres dieron testimonio de la verdad en una sociedad que se decía cristiana y en realidad oprimía a los pobres como lo hacían los adversarios de Jesús.

Había un cuarto carácter que servía para identificar a un Padre de la Iglesia. Era el reconocimiento por la Iglesia, es decir, por el pueblo cristiano. Era necesario que el pueblo los reconozca como sus verdaderos padres

en la vida cristiana. Más tarde la Iglesia romana quiso centralizar todas las funciones y se consideró como representante del pueblo cristiano. Se atribuyó el monopolio de todas las distinciones, de todos los carismas. La Iglesia definió cuales eran los santos y cuales no eran. Al principio y durante siglos fue el pueblo que hacía eso. Los Santos Padres no fueron reconocidos como tales porque la Iglesia romana les atribuyó ese título. Ese título fue conferido por el pueblo.

¿Cómo podrían ser padres si no tuvieran hijos para reconocerlos como padres? En aquellos tiempos las comunidades cristianas reconocieron y aclamaron a esos pastores en los que habían identificado el verdadero camino de Jesucristo. Para ellos esas personas habían actuado siguiendo estrictamente el modelo de Jesucristo en su circunstancia. No eran Padres por sus talentos, su personalidad, sino porque en ellos se reconocía la manifestación de Jesús en la tierra.

En América latina sin duda los Santos Padres fueron reconocidos, aclamados, venerados como verdaderos discípulos de Jesucristo, y por lo tanto como maestros en el camino de Jesucristo. Por supuesto ellos no fueron reconocidos por los que se decían cristianos y en realidad eran cómplices de los opresores de los pobres. No fueron aclamados por los que vivían de la explotación de los pobres. Pero fueron reconocidos por los mismos pobres, por los indígenas, por los negros, por los campesinos pobres, por los refugiados en las miserables periferias de las ciudades. Este es el verdadero pueblo de Dios. La verdadera Iglesia son ellos. Ellos tenían autoridad para reconocer a sus verdaderos Padres.

Frecuentemente nuestros Santos Padres sufrieron por la incomprensión de varios colegas en el episcopado o por la incomprensión y la oposición de la Iglesia romana. Sin embargo ninguno jamás fue condenado porque en el fondo todos sabían que estaban en el buen camino, aunque muchos colegas no tuvieron fuerza moral suficiente para seguir su ejemplo. Aún así, siempre tuvieron apoyos en el mismo episcopado. Pues, ellos eran motivos de división. Pero sucedió lo mismo con Jesús. Jesús dividió la sociedad en la que estaba: hermanos contra hermanos, padres contra hijos, vecinos contra vecinos. Es inevitable que así suceda. Un pastor que agrada a todos, probablemente no hace nada, cierra los ojos y nada dice de las injusticias que hay en el mundo en el que vive.

Ellos tenían la aprobación del pueblo de los pobres y esta era la verdadera señal de su autenticidad. No se necesita ninguna otra autoridad para que sean reconocidos como verdaderos Padres y Maestros de la Iglesia, como los fundadores de la Iglesia latinoamericana el día que ella tomó conciencia de su particularidad y de su misión específica.

Podríamos añadir que los Santos Padres son únicos y no tienen sucesores. Los fundadores no tienen sucesores. Son únicos. Después de ellos cabe a sus Iglesias conservar la herencia, extender en el espacio y el tiempo el mensaje recibido. No hay que mirar hacia el cielo para ver si no viene otro semejante. No vendrá otro semejante. Pero cada cristiano se siente responsable por la aplicación de la lección recibida. Nadie tiene dos padres, como decía s. Pablo. Uno solo basta para aprender a vivir.

Hasta aquí, no he citado nombres, salvo los nombres de los obispos mártires. No tengo autoridad para hacer una lista. No existe ninguna lista oficial. De cierto modo en cada país, todos saben quienes son. No hay ninguna necesidad de hacer una lista completa. En ciertos casos puede haber duda si tal persona realmente tuvo la repercusión suficiente para ser clasificado en la lista de los Santos Padres. Por eso, no hay que hacer una lista completa, pero dejar la cuestión abierta.

He colocado a los mártires en primer lugar porque el martirio no permite ninguna duda. Al lado de ellos hay algunas personalidades indiscutibles. Indiscutibles son los dos amigos que estuvieron al frente del movimiento, y definieron claramente su orientación: don Manuel Larraín, de Talca, Chile, y don Helder Câmara, de Recife, Brasil. Fueron los fundadores y los animadores del CELAM. Tuvieron un papel predominante en el Concilio y en la preparación de Medellín. En su país eran realmente los conductores, aunque no tuvieran el puesto de presidente.

Hay otros nombres indiscutibles, sobre todo porque fueron reconocidos internacionalmente. Algunos todavía viven y no quiero citar nombres de personas que todavía están actuando aunque ya tengan una edad avanzada. Entre los fallecidos algunos son de fama internacional, reconocidos universalmente como obispos típicos de América latina más allá de las fronteras de su país: don Leonidas Proaño, de Riobamba, Ecuador, don Ramón Bogarín de San Juan Bautista de las Misiones, Paraguay, don Sergio Méndez Arceo, de Cuernavaca, México, don José Dammert, de Cajamarca, Perú. No voy a citar los muchos nombres que en cada país se podrían citar, para no alargar a lista, sabiendo que algunos que todavía están con vida entrarán en esta lista.

De algunos de ellos ya se han publicado los escritos, como de don Manuel Larraín, don Oscar Romero. De otros se ha iniciado la publicación: don Helder Câmara, don Leonidas Proaño, don Ramón Bogarín. Además algunos ya habían publicado obras escritas durante su vida, como don Helder Câmara o don Leonidas Proaño. Juntando a esos nombres indiscutibles, hay por lo menos 20 nombres que dejaron un fuerte recuerdo y mostraron el camino en su país, pero prefiero que de cada país venga el reconocimiento. De los que he conocido personalmente de modo un poco prolongado, lo suficiente para dar mi testimonio personal, entre los fallecidos, citaré los nombres de Fernando Ariztía y Enrique Alvear, de Chile, Jaime de Nevares de Neuquén, Argentina. De Brasil, tengo por lo menos unos 6 o 7 nombres en la mente, pero todos ellos están vivos todavía. Algunos cardenales dieron un apoyo significativo aunque no hayan sido orientadores del movimiento: los cardenales Raúl Silva, de Santiago, Chile, el cardenal Juan Landázuri, de Lima, Perú, el cardenal don Avelar Brandão Vilela, de Salvador, Brasil. Los dos últimos fueron presidentes de la Conferencia de Medellín.

En la actualidad la orientación dominante en la Iglesia católica es otra. Pero, esta fase histórica pasará porque los fundamentos de la nueva Iglesia latinoamericana ya están colocados. A nosotros está reservada la misión de conservar y transmitir el recuerdo de esos hombres para que puedan iluminar los siglos que vienen. Los retos de América latina no serán superados en poco tiempo. Los caracteres de la sociedad y la cultura en América latina no se apagarán en poco tiempo. Está abierta una misión destinada a ocupar siglos.

Muy necesaria es la publicación de las obras escritas de los Santos Padres, y la redacción de buenas biografías. Entonces vendrán muchos trabajos de exposición y aplicación del testimonio de los Santos Padres. Estudiantes y especialistas publicarán obras de análisis y de síntesis para que los tesoros escondidos estén abiertos y asequibles a todos los cristianos.

Habrà que evitar que la memoria se transforme en culto como sucedió tantas veces en la antigua cristiandad. Podemos afirmar con toda tranquilidad que todos estos Santos Padres que hemos conocido o todavía conocemos, se sentirían muy incómodos si supieran que se les va a atribuir un culto. Pero con la misma tranquilidad podemos afirmar que desean con mucha fuerza que su tarea sea continuada sin parar.